LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 10 DE MARZO DE 1890 — NUM. 428



Á TÍ SUSPIRAMOS cuadro de M. King

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Alejandro Magno y el helenismo asiático*, por D. Emilio Castelar. – *Todo lo puede el amor*, por D. Pedro Talavera. – *Una partida de caza*, por D. C. Miquel. – *Balance geográfico de* 1889. – III. *América* (conclusión). – IV. *Asia y Oceanía.* – Pasatiempos científicos.

Grabados. – *A tí suspiramos*, cuadro de M. King. – *Coquetería*, cuadro de M. Dvorak. – *Una «Fornarina,»* dibujo de A. Fabrés. – *Aechando el trigo*, cuadro de Otón von Baditz. – *El Viático*, cuadro de Luis Passini. – *Hora de estudio*, dibujo de Carlos Froschl. – *Eduardo II antes de firmar la primera sentencia de muerte*, cuadro de Juan Pettie.

NUESTROS GRABADOS

Á TÍ SUSPIRAMOS, cuadro de M. King

Una viuda joven, modesta y de decente porte, que lucha con la adversidad oponiéndole el trabajo honrado y la santa virtud de la paciencia, es siempre interesante á los ojos de todos; y cuando al lado de esta viuda hay una tierna criatura sin padre, el interés se acrecienta y se convierte en simpatía. Pero una y otro, simpatía é interés, adquieren mayor intensidad y comunican levantados impulsos de caridad prontos á traducirse en benéficos hechos si se presencia el patético espectáculo que ofrece esa pobre viuda en la iglesia enseñando á la desvalida huerfanita á implorar el alivio y el consuelo de sus cuitas á la santa Madre de los afligidos, á quien ambas suspiran, esperando de su poderosa intercesión lo que no pueden alcanzar las débiles fuerzas de una mujer, por más que esta mujer sea madre, y por lo tanto capaz de los mayores sacrificios, de las más heroicas acciones, con tal de que á la hija de sus entrañas no le falte el pan de cada día.

Tal es el conmovedor asunto que ha escogido M. King para este cuadro; si ha estado ó no acertado en su ejecución, cosa es que dejamos al buen juicio de nuestros lectores, ó mejor dicho, de nuestras lectoras.

COQUETERÍA, cuadro de M. Dvorak

En la coquetería de las mujeres hay, como en todo, distintas gradaciones; si es exagerada, estudiada é hija de una falsa presunción, cansa, empalaga y casi siempre redunda en menoscabo y descrédito de la coqueta; pero cuando está reducida á límites discretos, y es ingenua, natural, no sólo puede dispensarse sino que en cierto modo agrada porque contribuye á realzar los atractivos de la mujer.

Este segundo género de coquetería es el que se echa de ver en el lindo busto pintado por el artista bohemio, el cual ha tenido el buen acierto de elegir su modelo en una joven de carácter evidentemente jovial y la destreza necesaria para reproducirlo con naturalidad exquisita, haciendo su contemplación altamente simpática.

UNA «FORNARINA,»
dibujo de A. Fabrés, grabado por R. Bong

Nueva página debida al lápiz de nuestro distinguido compatriota con que se enriquece la Ilustración Artística. Conocidas sobradamente las dotes de excelente dibujante que recomiendan al señor Fabrés, nada diremos acerca del tipo meridional, tan marcadamente característico que nos ofrece en este dibujo, pues nuestros lectores sabrán apreciar su mérito sin necesidad de que llamemos su atención hacia su conjunto y sus detalles.

AECHANDO EL TRIGO
cuadro de Otón von Baditz

A pesar de su sencillo asunto, este cuadro ha llamado la atención de los inteligentes en la Exposición de Pinturas celebrada en Munich el año pasado, por su vigoroso colorido y el aire verdaderamente campestre de que está impregnado. Además, la única figura que en él campea, sin ser una zafia labradora, como la famosa Dulcinea de Cervantes cuando el buen Sancho Panza la encontró practicando la misma operación que á la campesina de nuestro grabado, ni presentar un tipo poético como en su idealismo las han pintado algunos artistas, es de aspecto agradable, sencillo, y está tratada con una naturalidad que explica el éxito obtenido por este lienzo en dicha Exposición.

EL VIÁTICO, cuadro de Luis Passini

Discípulo este pintor de la escuela veneciana, venecianos son también los asuntos que elige para sus cuadros, por más que el que nos ocupa parecería genuinamente español si prescindimos de algunos insignificantes detalles.

El sacerdote que con religiosa unción sale de la iglesia para llevar el sagrado Viático á un moribundo, el sacristán que con el rico quitasol le acompaña, los monaguillos que le preceden con sendas hachas de cera, el pertiguero que llevando al hombro un historiado farol y agitando la campanilla abre la marcha y por fin los fieles que se arrodillan devotamente al paso del Señor, son figuras trazadas de mano maestra, que revelan un detenido estudio del natural, y lo que es más laudable, un estudio aprovechado que sabe comunicar al arte ese realismo puramente artístico, exento de exageraciones y rebuscamientos. Sobrio este cuadro en detalles, pues su autor le ha rodeado de los puramente indispensables para su asunto, se recomienda asimismo por el lado arquitectónico, representado parcialmente por la nave de un sencillo templo de estilo del Renacimiento, en el cual así las esculturas como los objetos de madera sorprenden por su verdad.

Después de examinar esta obra, compréndese que Passini goce de gran crédito entre los pintores venecianos.

HORA DE ESTUDIO
dibujo de Carlos Froschl, grabado por Bong

Con su dibujo nos demuestra Carlos Froschl que no es preciso apelar á grandes concepciones ni á asuntos de efecto para impresionar gratamente el ánimo de los que contemplan una obra de arte.

La preciosa niña que está preparando sus trabajos escolares es una verdadera joya artística por la naturalidad de su expresión y de su actitud, por las admirables proporciones de su gentil cuerpecito, por la belleza de su inocente semblante, por la irreprochable corrección de líneas y de sombras y sobre todo por la sencillez y sobriedad que cuando, como en el dibujo que reproducimos, están bien entendidas y sentidas con sinceridad son la mejor fuente de belleza.

EDUARDO II ANTES DE FIRMAR
LA PRIMERA SENTENCIA DE MUERTE
cuadro de Juan Pettie

He aquí un cuadro de los que causan verdadera impresión. Se trata de la vida de un hombre, criminal quizás, tal vez desgraciado. Los viejos consejeros, avezados á los embates de la vida y esclavos de los deberes que la política impone á los que desempeñan altos cargos anexos á grandes responsabilidades, presentan al joven soberano inglés la primera sentencia de muerte que ha de firmar desde que se sentó en el trono. Eduardo II, niño todavía, y carácter débil y apocado por añadidura, según de ello dió buenas pruebas en el transcurso de su reinado, se estremece ante la idea de que su firma puesta al pie del fatal papel bastará para segar la existencia de un semejante suyo. Su corazón le aconseja la clemencia, pero la razón de Estado le obliga á ahogar sus nobles impulsos.

Tal es la escena magistralmente interpretada por Pettie, que identificándose con tan dramática situación ha trazado cinco figuras llenas de sentimiento, haciendo resaltar el contraste entre el afligido adolescente y los impasibles viejos que forman su consejo y á cuya voluntad tiene que someterse el infeliz monarca. El tinte sombrío que predomina en todo el cuadro armoniza á maravilla con el asunto y contribuye al excelente efecto que produce el lienzo aun á los ojos de los menos versados en pintura.

ALEJANDRO MAGNO Y EL HELENISMO ASIATICO

¡Cuál batalla la del Iliso, por cuya virtud quedó Alejandro como dueño de Asia! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el europeo, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte, andando en procesión aparatosísima. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que agitaba el aire con las vibraciones de su apocalíptica trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos, dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos, para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provinientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíanle luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á los déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes, y bandas multicolores, y puñales ligeros, y sayos purpúreos, les daban el aspecto de ídolos; hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males, mal escondido, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado, mientras del otro un pueblo constituído para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo; y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Darío, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su esplendorosa victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Darío tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron en manos de los griegos.

Pero, como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia, como asimilársela, y difundir en ella su propio espíritu, y sellarla con su idea, trató á la madre de Darío, á la mujer, á las princesas, como hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la derrota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando cómo su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehovah. Tiro, Sidón, Chipre, Lesbos, las tierras más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin, á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que las sostiene, como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas.

Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir, este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra, el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el rabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico, le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le sirvirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya henchida con una civilización secular que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. El hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mogoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Kabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, brahmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad, como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubridores. ¡Oh! si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia como si entrara en viejo templo; y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia regada con la sangre de sus padres; y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas; y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina; y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí, para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo; y ofrece holocaustos así al Belo persa como al Marte griego; y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales; y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando, vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma

de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluyera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedaran los helénidas establecidos en el cruce de todos los caminos que comunican el Asia con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo, y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandría no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luego dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres, y el Evangelio de San Juan, animado por el espíritu de Alejandro, no se hubiera escrito; el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni sugerido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en los olmos de Italia ni traído á la vida del fondo de las ruinas los dioses resucitados en una pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante Vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos efluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á religión tan universal é inspirada como el divino helenismo.

EMILIO CASTELAR.



COQUETERÍA, cuadro de Dvorak

TODO LO PUEDE EL AMOR

No quiero parecerme al grajo de la fábula engalanándome con plumas que no son mías. Más claro, no quiero que ni por un momento se crea que pretendo aparezca mi pluma como autora de algo que no es suyo.

El cuento que voy á referir pertenece á todo el mundo, por lo tanto no es de nadie, y como de estas cosas cualquiera puede aprovecharse y yo soy un cualquiera, me apodero del cuento, le visto con un ropaje, que ojalá resulte elegante, y así vestido, humildemente le ofrezco al lector, que tenga dispuesto el ánimo para divertirlo con cuentos inocentes y que quizás en su niñez oyera referir.

Hecha esta salvedad que exigían el respeto á la propiedad de todos, por una parte, y por otra mi conciencia, comienzo á relatar el cuento que he tenido á bien bautizar con el título que quedó escrito arriba.

Tratándose de un cuento popular, fuera en verdad cosa extraña que no comenzara como éste va á comenzarse.

Pues señor, érase que se era un rey, dueño y señor de unos Estados extensísimos situados más allá del reino gobernado por el conocido rey que rabió.

Con estas señas todo el mundo sabrá seguramente hacia qué lado de la tierra se hallan los Estados del poderoso rey de mi cuento.

A pesar de ser rey y de ejercer su autoridad soberana sobre unos ricos y fértiles Estados habitados por muchos millones de súbditos, Benitón V, que así se llamaba el rey, no era feliz.

Su esposa, la reina Eufrasia, había muerto después de haber dado á luz diez y nueve veces.

Diez y nueve emociones terribles sufrió Benitón cuando llegaron los diez y nueve momentos de los partos.

Diez y nueve veces preguntó con voz emocionada y conmovida: – ¿Es varón? y otras tantas el comadrón de cámara le respondió: – Una preciosa y robusta niña, señor.

Cuando ocurrió la muerte de la reina Eufrasia, y cuando el transcurso del tiempo amortiguó el dolor que su muerte causara en el alma del rey, pensó éste en volverse á casar para ver si el cielo le concedía un hijo varón que le sucediera en el trono.

Consultó su proyecto con su fe de bautismo y un espejo, y sus consejeros le dijeron, el primero que tenía setenta y dos años, y el segundo que parecía tener veinte más.

El rey, prudente y bien aconsejado, renunció á su proyecto, escuchando no tan sólo los sabios consejos que se le dieron, sino teniendo en cuenta que ya la diosa azul, la esperanza como la llama Balzac, no le prometía se realizara su deseo de tener un hijo varón.

Por virtud de estos consejos, y viendo la decadencia de sus fuerzas viriles, Benitón V renunció á su deseo y se dedicó á educar convenientemente á su hija primogénita.

Sisenanda llamábase la heredera del trono, y era un prodigio de belleza y un ejemplar extraordinario de femenil sabiduría.

El rey, ya que no pudo lograr su vehemente deseo de que un hijo suyo ocupara el trono, concibió el proyecto de que el que hubiera de ser marido de su hija primogénita fuera un talento extraordinario, un hombre que no se pareciera al resto de los humanos. No exigía de él que fuera un Apolo, mas si pretendía que fuera un Sócrates y aun esto le parecía poco; su sabiduría había de ser sobrehumana.

Llegó la princesa á la edad en que las muñecas nada dicen á las mujeres, y en que comienzan á suspirar por un muñeco que peine rizado bigote, negro, castaño ó rubio.

Cuando ya hacía algunos días que la princesa dormida y despierta soñaba con el apuesto galán de airoso continente, aguileña nariz, rasgados y expresivos ojos, abultados y voluptuosos labios, rizosa y abundante cabellera y palabra persuasiva y seductora, surgió en la mente del bondadoso rey Benitón V la idea, que él creyó nueva y era ya antiquísima en el cerebro de la princesa Sisenanda, de que ésta contrajera matrimonio.

Si el rey hubiera consultado el parecer de su hija, y á su parecer se hubiera sometido, tarea fácil hubiera sido hallar para Sisenanda marido que satisficiera por entero sus ensueños de doncella.

En la corte, y al servicio de la princesa, había un cierto pajecillo que poseía por gracia del cielo todas las cualidades que la princesa quisiera hallar en quien hubiera de ser su marido.

Periquín, que así llamaban al susodicho paje, era hijo de una que había sido dama de honor de la difunta reina Eufrasia.

Nació Periquín dos ó tres años antes que la princesa Sisenanda, y cuando ésta empezó á tener caprichos infantiles nadie logró satisfacerlos como el travieso Periquín, quien con sus juegos y su ingenio, pues ingenio verdaderamente agudo tenía, supo siempre acallar el llanto de la primogénita y logró no sólo que sus lágrimas se secaran, sino que en sus bermejos labios apareciera una sonrisa de contento y satisfacción.

Sisenanda y Periquín pasaron juntos los días de su infancia, y hasta llegaron á los tiempos de la adolescencia, sintiéndose tan necesarios el uno al otro como los peces necesitan el agua, las mariposas las flores y las flores los rayos del sol.

Pero llegaron los días de la pubertad y Sisenanda fué colocada bajo el cuidado y la educación de una rígida aya y de un adusto preceptor.

Nadie cuidó de la educación del pobre Periquín y éste buscó maestros en la naturaleza.

Las palmeras, que aun alejadas se transmiten por medio del viento sus efluvios amorosos, le enseñaron que todo en la tierra es amor.

Las plantas trepadoras que rodeando el tronco de árboles añosos se buscan y entrelazan sus ramas para que sus flores cambien purísimos besos, dijéronle al oído: todo es amor en la tierra.

El triste arrullo de las tórtolas, el canto de los ruiseñores, el murmullo de las olas que van á besar la playa, los plateados rayos de la luna que lánguidamente se dejan caer sobre el azul del mar, aves, plantas, cielo y tierra le enseñaron que todo en el mundo por el amor vive, y esta fué su única ciencia, este todo su saber, y con él logró lo que no hubiera alcanzado si hubiera llegado á penetrar en los laberintos de la filosofía, á resolver los problemas de las matemáticas, á descubrir las leyes todas que rigen la naturaleza.

Pero no adelantemos los sucesos, ó por mejor decir, no destripemos el cuento.

El rey Benitón V, en su deseo de hallar un yerno superior á toda superioridad, no quiso conceder la mano de la princesa Sisenanda á cualquier advenedizo.

– Entregaré mi hija, decía, á cualquiera, aun cuando no sea príncipe de la sangre, pero ha de ser príncipe de la sabiduría y de la más rara inteligencia.

Llegó el momento en que á juicio del rey debía su hija contraer matrimonio, y para hallar un yerno que reuniera las condiciones que él en su mente se forjara, mandó pregonar por sus Estados y por los Estados vecinos que aquel que lograra resolver tres problemas que los sabios de la corte habian de determinar, se casaría con su hija.

Llegó á oídos de Periquín el edicto pregonado, y un verdadero torrente de lágrimas corrió por sus mejillas al considerar perdida para siempre á su adorada Sisenanda.

– ¡Qué problemas he de resolver yo, se decía, si nada sé, si únicamente he logrado averiguar que mi vida se sostiene por amor á ella!

Transcurrió el plazo que se concedía en el edicto para que se presentaran los aspirantes á la mano de Sisenanda, y más de cien príncipes y grandes señores se presentaron á aspirar al honor de ser yernos del magnífico Benitón V.

Entre tantos poderosos que vestían ricos trajes de seda y terciopelo, bordados de oro, perlas y diamantes, apareció también vistiendo modesto traje de lana adornado con trencillas de vivos colores, el pobre, el insignificante, el obscuro pajecillo Periquín.

Como eran muchos los aspirantes á la mano de Sisenanda, decidió el rey se arrojaran al viento veinticinco manzanas de oro y que entraran en la lid únicamente aquellos que lograran apoderarse de una manzana.

Cayeron al suelo las áureas manzanas, entablóse entre los pretendientes descomunal batalla. Periquín, el pajecillo, quiso apoderarse de una de aquellas manzanas que había de permitirle continuar la lucha y en los primeros momentos no logró su deseo. Veinticuatro manzanas tenían otros tantos dueños. Una sola quedaba disputada por más de ochenta competidores. En aquel momento, Periquín, que era débil de cuerpo, pidió auxilio á la ciencia que únicamente poseía: la ciencia del amor. Esta le sugirió una idea feliz. Dejó á sus rivales que se abalanzaran sobre la única manzana que aun no tenía dueño. Cogió un puñado de arena, y cuando el más fuerte de sus rivales iba á apoderarse de la codiciada manzana, arrojó á sus ojos el puñado de arena, dió con el pie á la manzana haciendo que rodara por el suelo, y corriendo tras de ella con vertiginosa carrera consiguió burlar á sus rivales, y al tiempo que presentaba la manzana pensó: la destreza vence á la fuerza.

Hallóse en condiciones de continuar la pelea y se sintió con fuerzas para vencer, pues si una vez la astucia le había valido, la astucia le valdría en cuantas ocasiones se le presentaran.

Retirados del palenque los que no eran poseedores de alguna de las veinticinco manzanas de oro, el rey Benitón V propuso como primer problema que los restantes habían de resolver, que averiguaran el número de granos de arena que había en un gran saco que á cada aspirante se entregó, y para ello les concedía un plazo de veinticuatro horas.



UNA «FORNARINA,» dibujo de A. Fabrés, grabado por R. Bong

Al escuchar tan absurdo problema más de la mitad de los pretendientes se retiraron llamándose á engaño y teniendo por loco á quien lo proponía.

Los restantes pretendientes retiráronse con sus respectivos sacos y comenzaron la pesada tarea de contar los granos que contenían.

Periquín quedóse contemplando el saco que en suerte le había correspondido, y ni aun se tomó el trabajo de abrirlo, pues no sabía contar más allá del número 1.000.

Triste, muy triste y desesperanzado de vencer, alejóse del lugar de la contienda y fuése á pasear por los campos creyendo ya perdida su felicidad.

Se sentó junto á un arroyo de cristalinas aguas que se vieron aumentadas por las lágrimas que de sus ojos salían.

Dos aves de plateadas plumas y cuyos picos eran de oro fueron á apagar su sed en las aguas del arroyo.

– Amargan estas aguas, dijo una de las aves.

– Es que las amargaron las lágrimas de un enamorado, contestó el arroyo.

– ¿Dónde está ese desdichado? preguntaron á un tiempo los dos extraños pájaros.

– Sentado junto á mi orilla, contestó el arroyo.

Vieron los pájaros á Periquín y dijeron:

– Tu amor es verdadero puesto que tus lágrimas amargaron las aguas del arroyo. Seca tu llanto; cuando te pregunten la solución al problema que te han propuesto, nosotros, que somos los pájaros del amor, te diremos al oído lo que has de contestar.

Transcurrió el plazo concedido.

Tan sólo Periquín y dos más de los pretendientes acudieron ante el tribunal que había de juzgarles.

Uno de ellos, tan necio como vanidoso, contestó que en su saco había 230 granos de arena. Una carcajada general acogió su respuesta.

El segundo, más malicioso, dijo que en su saco había mil millones de millones de granos. Se le objetó que lo probara y, naturalmente, no pudo hacerlo.

Llegó su turno á Periquín. Preguntáronle cuántos granos de arena había en su saco, y quedóse confuso y por un momento vióse perdido. Mas cuando iba ya á darse por vencido vió que por los aires venía uno de los pájaros del amor y oyó que á su oído le decía:

– Los granos de arena son tantos como estrellitas hay en el cielo.



AECHANDO EL TRIGO, cuadro de Odón von Baditz, presentado en la última Exposición de pinturas de Munich

Repitió Periquín lo que el pájaro le apuntaba, y cuando ya se creía vencedor oyó que el rey le decía:

– No has resuelto el problema; para que lo consideremos resuelto será preciso que nos digas, cuántas estrellas hay en el cielo.

Quedóse mudo Periquín, y cuando ya creía que no iba á poder contestar llegó á su oído la vocecilla del otro pájaro que dijo:

– En el cielo hay menos estrellas que bondades tiene Dios.

Esta fué la contestación de Periquín, que dejó asombrados al rey y á los sabios que con él constituían el tribunal, quienes convinieron en que Periquín había dado la única solución que podía tener el problema propuesto.

Venció el enamorado pajecillo en esta primera prueba, pero aun le quedaban otras dos quizás mucho más difíciles.

– Has vencido á todos tus rivales en esta primera prueba, mas dudo, ó por mejor decir, tengo por imposible que logres salir victorioso de la segunda.

En este gran cajón he hecho que se mezclaran millones de limaduras de acero y millones de granos de trigo. Mañana á estas horas será preciso, si quieres pasar á la tercera prueba, que me presentes á un lado los granos de trigo y á otro las limaduras de acero.

– Esto sí que es imposible, pensó Periquín, mas tal vez los pájaros del amor me ayuden. Y en busca de ellos fuése otra vez á sentarse á orillas del arroyo.

No tardaron los pájaros en acudir á apagar su sed al arroyo, y apenas la hubieron calmado, dirigiéronse á Periquín y le dijeron:

– Esta segunda prueba es más fácil que la primera; toma esta piedra, acércala al cajón en que se hallan mezcladas las limaduras de acero y el trigo, y tras de la piedra se irá el acero y en el cajón quedará el trigo.

Hízolo así Periquín y venció también en la segunda prueba.

Benitón V, el bondadoso rey, no se mostró muy satisfecho de las victorias de Periquín. Si hubo un momento en que pensó que el mejor marido para su hija sería aquel que más ingenio demostrara, cualquiera que fuera su condición social, después al ver que el vencedor en las dos primeras pruebas no era un príncipe de la sangre, ni siquiera un duque, modificó su opinión hasta el punto de creer que el ingenio es cosa despreciable, sobre todo si se compara con un pergamino, mejor cuanto más viejo, y de inestimable precio si el pergamino resulta ilegible por las injurias del tiempo y por las irreverentes y democráticas mordeduras de atrevidillos ratones.

Preocupábale de tal manera la idea de que el plebeyo

EL VIÁTICO, cuadro de Luis Passini

Periquín pudiera llegar á ser marido de su hija, la muy alta y muy poderosa princesa Sisenanda, que faltando á su regia palabra pensó en cambiar la tercera prueba que tenía pensada, sin considerar que aquel cambio podía perjudicar al pobre Periquín.

No era el rey Benitón V muy despierto de ingenio y no se le ocurría una prueba que sustituyera á la pensada y que fuera de ejecución tan difícil que casi rayara en lo imposible.

Apremiaba el tiempo, y lo primero que á las mientes se le vino fué suspender la lid empeñada, y así procurarse el tiempo necesario para idear un disparate de tal magnitud, que fuera irrealizable, no sólo para Periquín, sino para todo ser nacido de mujer.

Cuatro meses pasaron, durante los cuales el rey y todos los sabios de su corte se devanaron la sesera, y por cierto que el ovillo que entre todos formaron no llegó á tener el tamaño de una nuez, cuando al fin un día el más sabio entre los sabios que en la corte había, dándose una palmada en la frente, dijo:

– Ya dí con la prueba, y tan difícil es, que desafío á todos los Periquines nacidos y por nacer á que la realicen.

– Habla, dijo el rey todo emocionado y conmovido. Si has hallado un imposible para Periquín, pues para Nos nada hay imposible en la tierra, mi regio agradecimiento será infinito, y tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos hasta que el sol se apague, os llamaréis, ó por mejor decir, os llamarán duques de Casa Imposibilidad.

– Poderoso señor, respondió el sabio; mi celo por el servicio de V. M. me ha inspirado la siguiente idea. Cuando os ocurrió el feliz pensamiento que hoy tanto nos mortifica, de dar la mano de la princesa Sisenanda á quien más ingenio demostrara, acudieron al llamamiento de V. M. más de cien príncipes de todos los puntos del Globo, y algunos que si no eran príncipes indudablemente de algún punto del Globo venían. De los aspirantes á la blanca mano de la princesa, sólo Periquín llegó á sufrir la segunda prueba, los otros ha tiempo que se alejaron de esta corte, pues vieron que no podían vencer en la lucha. Pues bien, señor, pensando lógicamente, es de suponer que cada mochuelo se tornara á su olivo, esto es, que cada aspirante volviera á su país, y como eran de puntos muy distantes entre sí y muy distantes de esta tierra, que por nuestra suerte tan sabiamente gobernáis, difícil y casi imposible será lograr reunirlos aquí otra vez en el término de veinticuatro horas. Esta es la primera parte de mi pensamiento; pero no he concluído aún. Imaginemos por un instante que Periquín, protegido por algún genio maléfico, que maléfico ha de ser el genio que se oponga á la augusta voluntad de V. M., imaginemos, repito, que Periquín consiguiera realizar esta primera parte de mi pensamiento; aun quedaría la segunda, que dejo á juicio de V. M. decidir si es ó no realizable. Ya Periquín logró reunir aquí á todos sus antiguos rivales, pues será preciso para que alcance la mano de la princesa, que todos declaren que Periquín es el hombre más ingenioso de la tierra y V. M. el ser más imbécil de la creación. Y voy á terminar; aun así la prueba no estará completa. Periquín no vencerá hasta que V. M. diga á voz en grito lo mismo que dijeran los aspirantes y ruegue á Periquín que acepte por favor la mano de la augusta hija de Vuestra más augusta Majestad.

Apenas hubo terminado su elocuente discurso aquel profundísimo sabio cortesano, cuando Benitón V bajó de un salto desde su elevado trono que ocupando estaba, y dándole un fuerte abrazo dijo al orador:

– Yo te abrazo y felicito, y al felicitarte y abrazarte abrazo y felicito también á todos los que de tí nacerán y que verán la luz del sol siendo duques de Casa Imposibilidad.

Aceptó el rey aquella prueba é inmediatamente hizo que se comunicara al desdichado Periquín.

Oyó el pajecillo la prueba que había de realizar si quería lograr el amor de Sisenanda, y apenas la hubo oído rasgó sus modestas vestiduras, mesóse los cabellos, dióse de calamochadas contra la pared más cercana; tal fué la rabia que sintió, pues no escapó á su claro ingenio que lo que se pretendía era hacer imposible su deseo de enamorado.

Veinticuatro horas le daban de plazo y más de la mitad de él lo pasó maldiciendo de su suerte y llorando por adelantado su desdicha.

Acudió á orillas del arroyo donde acostumbraban á beber los pájaros del amor sus protectores, mas no con la idea de que su protección pudiera salvarle, sino con el criminal pensamiento de poner fin á sus dolores buscando la muerte en el fondo del arroyo.

Iba ya á llevar á cabo el suicidio, cuando vió venir por los aires á los dos pájaros de plumas de plata y de áureo pico.

– ¡Periquín! dijo uno de los pájaros, con voz de timbre tan agradable que semejaba el sonido que produciría una lluvia de perlas que cayera sobre un plato de cristal.

– ¡Periquín! dijo también el otro pájaro, con voz que semejaba el sonido de arpa celeste pulsada por mano de arcángel.

Periquín miró tristemente á los pájaros y dijo:

– ¡Ay desdichado de mí! Mucha fe tengo en vosotros que en dos ocasiones me habéis protegido; mas temo que en este apurado trance en que me veo, ni vuestro poder sea bastante para que salga victorioso de la prueba á que el rey me ha sometido.

– En asuntos de amor nuestro poder es ilimitado, dijo el pájaro que parecía macho y que naturalmente había de llevar la voz cantante; pudiéramos salvarte, pero Cupido nos ha prohibido ayudarte más que á medias. «Si ama y si ama bien, ha dicho el dios, que lo pruebe; algo ha de hacer por su parte, que ni las truchas se pescan á bragas enjutas ni de bóbilis bóbilis se casan los pajecillos con princesas.» Has de reunir á los príncipes, ¿no es cierto? continuó el pájaro; pues eso es cosa fácil. Levanta aquella peña que ves allá junto á aquel árbol y hallarás una bocina, llévala á tu boca y dí por tres veces: – «Vosotros, los que aspirasteis á la mano de Sisenanda, á quien Cupido creó para mí, venid, venid, venid, que por mi boca el dios os llama.» – Cuando hayas dicho esto, todos llegarán á las puertas del palacio de Benitón V. Sabe, además, que cuantos aspiraron al amor de la que tú amas volvieron á su país diciendo que habían vencido en la lucha, pues que demostraron más ingenio y sabiduría que nadie, pues que renunciaron á la mano de Sisenanda porque era fea y necia. Y ahora, Periquín, si no vences, culpa tuya será.

Dijo esto el pájaro, y como por obra de encantamento él y su compañera desaparecieron de la vista de Periquín.

No muy satisfecho quedóse éste, pero como más vale algo que nada y como la esperanza es lo último que se pierde, dirigióse hacia el sitio que le había indicado el pájaro, alzó la peña y encontró la bocina mágica.

Con ella emprendió el camino hacia el palacio del rey, y mientras hacia allá se dirigía iba pensando en los medios de vencer.

Llegó al palacio, colocóse al pie de las ventanas del pabellón que ocupaba la princesa, y llevándose la bocina á la boca, por tres veces dijo lo que el pájaro le había ordenado dijera.

Transcurrieron unos segundos y con gran asombro vió Periquín entrar por las puertas del palacio á todos los que habían sido sus competidores. Esperó á que entrara el último y tras de él entró también.

Ya había llegado á noticia del rey que el pajecillo había vencido en la primera parte de la tercera prueba, y habíase dirigido al salón del trono y sentado en él esperaba con cara risueña como quien está seguro de la victoria.

– Periquín, dijo Benitón V, veo con gusto que has logrado que todos estos señores volvieran á mis Estados, pero espero oirles que declaran que eres el hombre más ingenioso de la tierra y... lo demás que ya sabes.

– La primera parte, respondió Periquín, debería ser confesada por estos señores, si obraran de buena fe y no escucharan la voz del despecho, con sólo recordar que si cada uno de ellos se considera el más ingenioso de su país y entre todos representan aquí el mundo entero y aquí fueron vencidos por mi ingenio, claro es que yo soy el hombre más ingenioso de la tierra, mas no espero de su imparcialidad semejante confesión.

– Entonces ¿te declaras vencido? replicó el rey.

– Aun no. Déjeme V. M. que hable un momento á solas con estos caballeros y después veremos.

Dejaron á Periquín que cumpliera su deseo, y el pajecillo habló de esta manera á los príncipes y á los no príncipes sus rivales:

– Yo sé, señores, que soy el hombre de menos ingenio de la tierra. Cada uno de vuesarcedes pudiera darme lecciones. Sé también que vuesarcedes merecen algo más que la mano de una princesilla como Sisenanda, y sin duda la suerte que protege y ama á vuesarcedes más de lo que vuesarcedes á sí mismos se protegen y aman, dispuso que quedaran vencidos en la lucha; así que, en virtud de estas razones, espero digan vuesarcedes la mentirilla de que yo soy el hombre más ingenioso de la tierra.

Concluyó su peroración Periquín y nadie chistó.

– Interpreto ese silencio favorablemente, añadió el pajecillo enamorado, pues sé muy bien que vuesarcedes, al llegar á sus reinos, dijeron en sus cortes esto mismo que yo acabo de repetir. ¿No es así, señores míos?

Los preguntados comprendieron la indirecta, y por temor á verse puestos en ridículo, dijeron todos á una voz:

– Sí, sí, así es, y por favorecerte diremos esa mentirilla de que eres el más ingenioso de los hombres; pero ¿cómo hemos de declarar nosotros que el poderoso rey Benitón V es el más imbécil de la creación?

– Si rindierais culto á la verdad deberíais declararlo.

– Es verdad, dijeron todos, pero hay verdades que amargan.

– Me basta con la primera declaración que harán vuesarcedes, por lo cual de antemano les doy gracias. Esperad aquí, que voy en busca del rey.

Salió Periquín del salón del trono y fuése en busca de Benitón V.

Cuando le hubo hallado, dijo:

– Señor, esos caballeros están dispuestos á declarar que yo soy el hombre de más ingenio de la tierra.

– Imposible, no te creo, le contestó el rey; si tal cosa declaran diría que se han reunido aquí todos los imbéciles de la tierra.

– ¡Cómo imbéciles, señor! objetó Periquín; ¿se atreverá V. M. á inferir tan grave insulto á los príncipes más poderosos de la tierra?

– ¿Y te atreves á preguntarlo? dijo el rey dominado por la cólera. Ahora lo verás, y sin esperar á más se dirigió hacia el salón del trono con toda la velocidad que le permitían sus piernas de setenta y dos años y pico.

Llegó al salón, y apenas se hubo sentado en el secular trono de los Benitones, oyó la declaración de los príncipes.

La ira enrojeció sus arrugadas mejillas, los escasos cabellos que coronaban su majestuosa cabeza pusiéronse de punta, y con voz temblona por la rabia gritó:

– Sí, sí, indudablemente Periquín ha de resultar ingenioso ante esta cáfila de necios. ¡Imbéciles! ¡imbéciles! ¡imbéciles!

Terrible murmullo se produjo entre los príncipes; tan grande excitación les causó aquel insulto, que abalanzáronse hacia el trono, y mal lo hubiera pasado Benitón V á no ser por su guardia que le defendió de la ira de los príncipes. Recuperaron éstos la perdida calma y salieron del salón diciendo:

– ¡Quién hace caso de ese viejo imbécil!

– ¡Vencí! gritó entonces lleno de júbilo Periquín, la prueba está hecha.

– Aun falta algo, replicó el sabio que la había ideado; el rey ha de declarar...

Periquín no le dejó acabar la frase, y dirigiéndose al rey, le dijo:

– Señor, ¿qué diríais del padre que deseando casar á su hija con un hombre de ingenio hubiera ido á buscar ese deseado marido entre alguno de esos principillos que han osado insultar á V. M.?

El rey bajó la cabeza, guardó silencio por un instante, y dijo:

– ¡Sisenanda! ¡Sisenanda! ¡ven aquí!

Acudió la princesa, y el rey, cogiéndola de la mano, se la presentó á Periquín, diciendo:

– Hazme el favor de casarte con ella y relévame del compromiso de contestar á la pregunta que me has hecho.

PEDRO TALAVERA

UNA PARTIDA DE CAZA

– ¿Quién falta, pues?

– El doctor, el bueno del doctor, dijo uno.

– ¡Oh! vedlo subir por la cuesta de la ermita con su eterna cachaza. No es gallego, pero merece serlo, exclamó otro.

El doctor, entre tanto, se había puesto al alcance de nuestra voz, y fué saludado con una descarga cerrada de amistosos improperios, que él recibía con imperturbable calma; pero cuando doblando la cuesta pudo dominar nuestra posición, se detuvo como absorto, perdió su acostumbrada gravedad, y ganó á paso gimnástico el repecho con ademanes de la más viva alegría.

Y no era inmotivada, ciertamente: don Crisóstomo (así se llamaba) era un Nemrod licenciado en medicina y cirugía, y estaba en presencia de la más pintoresca partida de caza que se pueda imaginar.

Había para todos los gustos, y estaban mezclados en desorden encantador todos los medios conocidos en el arte venatorio antiguo y moderno, para hacer la guerra al pelo y á la pluma. Esparcidos por el suelo en la elevada plazoleta sobre que se levanta la iglesia del pueblo, se veían confundidos la engañosa, pero inocente, *sendera*, con la traidora y sanguinaria hurona, encerrada en su estrecha *taibola*, que olfateaba el noble perdiguero: más allá un fornido zagal sostenía un manojo de bridas que correspondían á otros tantos caballos de todos los pelos, de todas las alzadas, de todas las razas, y pendientes de sus monturas, armas de fuego de todos los sistemas conocidos, desde la escopeta chispera, cuya culata recuerda la moruna espingarda, hasta el rifle norte-americano que debió de ser el sueño de nuestros abuelos, cuando aprendían á cargar el fusil en quince ó veinte tiempos. No lejos, y figurando una fila de colmenas, aparecían alineadas seis ó siete jaulas con sus correspondientes fundas, en donde se removían impacientes los indóciles *perdigones* que, creyendo retar á generoso combate á sus libres hermanos, los llaman á la muerte que les prepara el agazapado *tirador;* porque ni de cazador merece el nombre quien de ese modo fusila á las perdices. Con la cabeza gacha el rabilargo galgo, sosteniendo su enarcado cuerpo sobre las delgadas patas, esperaba la hora de ponerlas en acelerado movimiento; libres, en gracia á su mansedumbre, discurrían (ó al menos lo parecía, por su meditabunda actitud) algunos borriquillos cargados de provisiones de guerra y boca, de pieles, de capotes de todas formas, de mantas de todos colores; atraillados los impacientes podencos, pugnaban por recobrar su libertad, y los pequeños y valientes *perros de sangre*, también sujetos, apoyaban en sus cortos y fuertes brazos la aplastada cabeza, y revolvían intranquilos los inyectados ojos, mostrando sus dientes de acero, tan prontos en hacer presa, y tan tardos en dejarla; y para completar el cuadro, un muchacho sostenía con una mano un soñoliento mochuelo á guisa de altanero condor, y en la otra ostentaba el duro cepo, justo castigo de la astuta zorra.

Don Crisóstomo, ante tan extraño espectáculo, sintiendo bullir en las venas su sangre cazadora, no se daba punto de reposo; iba y venía de acá para allá, acariciando á los pachones, silbando á los podencos, dando amistosas palmadas á los caballos, examinando con presuntuoso aire de inteligencia las armas, remedando el canto de las perdices delante de las jaulas, lanzando punzantes epigramas á los pollinos, saludando con respeto á los perros de muerte, y haciendo grotescos visajes al mochuelo encadenado.

De este modo recorrió en todos sentidos la plazoleta, y así vino al grupo que formábamos en uno de sus ángulos los expedicionarios, en el que fué recibido con todos los honores que se deben, en un pueblo de quinientos vecinos, al árbitro de sus vidas.

Nadie faltaba ni se echaba nada de menos: la tarde era mediada, y debíamos pernoctar en las cabañas de los pastores del Castañar; no había, pues, tiempo que perder. El director de la caza llevó á sus labios la clásica bocina, y á su ronco son, la gente se puso en movimiento; los caballeros cobramos nuestras monturas, acudieron los peones á sus puestos; los enseres fueron acomodados en los suyos; el restallar del látigo movió á los perros; relincharon los caballos, y nos pusimos en marcha.

Al atravesar el pueblo, las mujeres salieron á puertas y ventanas: la alcaldesa saludaba al alcalde; al secretario, sus sobrinas; al cura su ama; al médico su médica, y á todos sus esposas ó sus hijas; y entre los gritos de «Divertirse», y «Hasta dentro de ocho días», salimos de aquel lugar de la Mancha, de cuyo nombre no *debo* acordarme, ya que recordar no quiso el de aquel que cuna fué de Don Quijote, su inmortal cronista; y tomamos la ancha vía que á Portugal conduce, cuyo polvo guarda las huellas de las romanas legiones, para dejarla una hora más tarde, en el punto donde se alza la venta de la Hechicera, situada al pie del monte.

Ya la luz crepuscular alumbraba la tierra cuando nos internamos en el bosque, y cerrada era la noche, cuando divisamos las luces de las cabañas del Castañar, á las que nos dirigimos llenos de esperanzas y de frío, en busca de una magnífica lumbre, una buena cena y una mediana cama.

II

Si no sois cazadores, es imposible que comprendáis todo lo que se siente, se dice y se miente, en la noche que precede á una cacería.

Bajo la gran campana del hogar de la rústica cabaña, donde ardía un tronco entero, devorando los ahumados trozos de una víctima inocente sacrificada á nuestra voracidad; ante la perspectiva de un lecho formado por algunas hojas secas, cubiertas por una piel de oveja, y colocadas en una especie de camarotes que rodeaban los toscos muros; sufriendo el continuo pasar y repasar de los perros favoritos, que habían sido exceptuados por sus respectivos dueños de la suerte de sus compañeros (que con los caballos y sus guardianes descansaban en el largo cobertizo que se extendía delante del corral donde se encerraba el ganado), estábamos todos unidos por los misteriosos lazos de esa masonería universal que forman todos los cazadores del mundo.

De entre aquella atmósfera cargada de humo que nos envolvía como ligera nube, donde se confundían los aromas del humilde romero, con los del aristocrático tabaco habano, se levantaba una gritería tan característica, tan *cazadora*, que hubiese sido capaz de torcer el ánimo del más decidido protector de los animales, contra los que, al romper el día, debíamos librar sangriento combate.

Chispeantes narraciones de inverosímiles aventuras de caza en las que siempre el narrador había sido héroe ó testigo, y que arrancaban, al terminarse, enérgicas protestas ó carcajadas de incredulidad, que se sucedían y se excedían unas á otras, en lo fantástico y en lo imposible, riñendo todas batalla ruda con el octavo precepto del decálogo, entretuvieron agradablemente la primera parte de aquella noche, que, si en un rincón de la provincia de Toledo comenzaba, de *Toledana* merecía el nombre cual ninguna.

Las once serían, cuando por unánime acuerdo empezamos á *colgarnos* por las paredes de la cabaña, como redes de pescador, en busca del descanso y de las fuerzas que para la fatiga del siguiente día necesitábamos.

El poético rumor de la selva, que llegaba hasta nosotros; la lumbre medio apagada que nos enviaba su tibio aliento y su luz misteriosa; y las fantásticas sombras que los objetos esparcidos por el suelo proyectaban sobre el muro, movían la imaginación, ya naturalmente excitada, levantando en ella visiones engañosas que traducían, á lo más, el insaciable deseo.

Así, pues, mientras alguno acariciaba la halagadora ilusión de entrar en el pueblo luciendo en el ojal la retorcida cola del valiente jabalí, soñaba otro en la curtida piel del ligero corzo que como glorioso recuerdo debía ostentar antes de mucho tendida delante de su lecho, en tanto que un tercero veía en lontananza la coronada cabeza del rendido ciervo, descollando cual preciado trofeo en su cuarto de armas. Más modesto el corredor de liebres, miraba por los aires, volteadas por la tralla de su certero látigo, liebres enormes por docenas, por cientos y por miles; mientras el tirador de conejos se dibujaba en su fantasía un soto donde saltaban á su paso como los átomos del polvo movido por el viento. El cazador de perdices veía en el espacio bandas por su perro levantadas, tan numerosas como la nube de cínifes que flota y zumba sobre el pantano; y el *cómodo aficionado* que debía esperarlas en su *incómoda* barraca, creía escuchar el rumor de ejércitos enteros que, formados en batalla, acudían al valiente reto de su cautivo macho. Hasta el niño, portador del mochuelo, se imaginaba bandadas innumerables de esas flores aladas que se llaman *colorines*, cayendo sobre las sutiles redes; y creía sentir el dulce abrigo de la elegante zamarra hecha con el pellejo de la zorra que debía en el cepo rendir su vida.

De este modo soñábamos todos despiertos, cuando algo terrible y desconocido nos hizo creer por un momento que despertábamos soñando. Era un rugido poderoso que, rompiendo el sublime silencio de la noche, y repetido por los cóncavos barrancos, había levantado cerca de nosotros un horrible concierto, un coro extraño, cuyo origen no podíamos desconocer, porque en él se confundían el vibrante relincho del caballo, el lúgubre aullido del perro y el tímido balido de la oveja.

Sin darnos cuenta de ello, todos nos encontramos de pie, cubiertos con los abrigos que á mano hubimos, é instintivamente también, cada cual tomó sus armas. A los alaridos de los animales, que habían cesado, sucedían los gritos de los peones y zagales que dormían ya largo rato en el cobertizo anteriormente mencionado.

El alcalde, como jefe de la expedición, fué el primero que hizo uso de la palabra:

– Algo ocurre, dijo, y algo grave: ese rugido no es el del lobo, ni el...

– Ese rugido es el del león, interrumpió el doctor, formulando el pensamiento que todos quizá habíamos ya concebido.

– Sea lo que quiera, contestó el alcalde, nuestro puesto no es este. Señores, prosiguió, cargad con bala, tomad vuestras precauciones y salgamos.

Al abrir la puerta, un segundo rugido, más potente que el primero, y al parecer más cercano, retumbó en el monte, y otra vez los varios gritos de los diversos animales se escucharon con más fuerza que la anterior en los techados hacia donde nos lanzamos todos. La escena que allí presenciamos, á la escasa luz de la hoguera que ardía en un ángulo, era imponente: pugnaban los caballos por librarse de la cadena que los sujetaba al pesebre, con la crin tendida é inyectados los ojos; agrupábanse los perros con la cabeza gacha y erizado el pelo, y las ovejas corrían desconcertadas por el ancho cercado, buscando una salida que les negaba la fuerte tapia.

Acudían los mozos azorados á todas partes, y nosotros, preparados á la defensa, esperábamos el momento de trabar combate con el rey de los desiertos africanos.

Un largo intervalo de tranquilidad nos permitió adoptar algunas medidas: se repartieron los puestos, se encendieron nuevas hogueras, y tomamos el único partido que nos quedaba: aguardar.

Otra, y otra, y otras veces latió nuestro corazón con fuerza al escuchar el temeroso grito que los ecos repetían, y ojo avizor, y arma en mano, en cada uno, brotaba de nuestros labios esta frase que expresaba todo nuestro asombro, todo lo extraño y excepcional de nuestra situación:

– *¡Leones en la Mancha!*

Las últimas sombras de la noche llevaron en sus negras alas el postrer rugido de la misteriosa fiera, y cuando la aurora derramó sus primeros rayos, alumbró con ellos rostros más pálidos que su pálida luz.

Era aquella la hora destinada para abrir la caza, y forzoso se hacía resolver algo: dejáronse, pues, centinelas, que pudieran prevenir cualquier peligro, y reuniéronse en consejo los más experimentados y prácticos cazadores. Media hora después se votaba una proposición, y era aceptada por mayoría abrumadora: ¡la retirada!

Un solo voto había en contra: ¡el del doctor!

III

El director de la caza llevó á sus labios la clásica bocina, y á su ronco son, todo se puso en movimiento; pero, ni relincharon los caballos, ni las traíllas poblaban el aire con sus ladridos.

Descendimos del monte al llano, como desciende desde el cielo á la tierra el que ve perderse su esperanza en el abismo de un desengaño.

Dejamos atrás la venta de la Hechicera, y mediaba el sol su carrera cuando atravesamos el pueblo, causando el asombro de aquellos que de tan distinto modo nos vieron partir, y tomamos la cuesta que á la plazoleta conduce, sitio donde debíamos separarnos.

Al doblar el repecho, un grito indescriptible escapó de todos los labios. En el mismo sitio que ocupábamos la tarde anterior se alzaba un barracón á medio construir, y sobre él un cartel enorme que descifraban los chiquillos, y que, en letras colosales, lanzaba á nuestros ojos este sangriento epigrama:

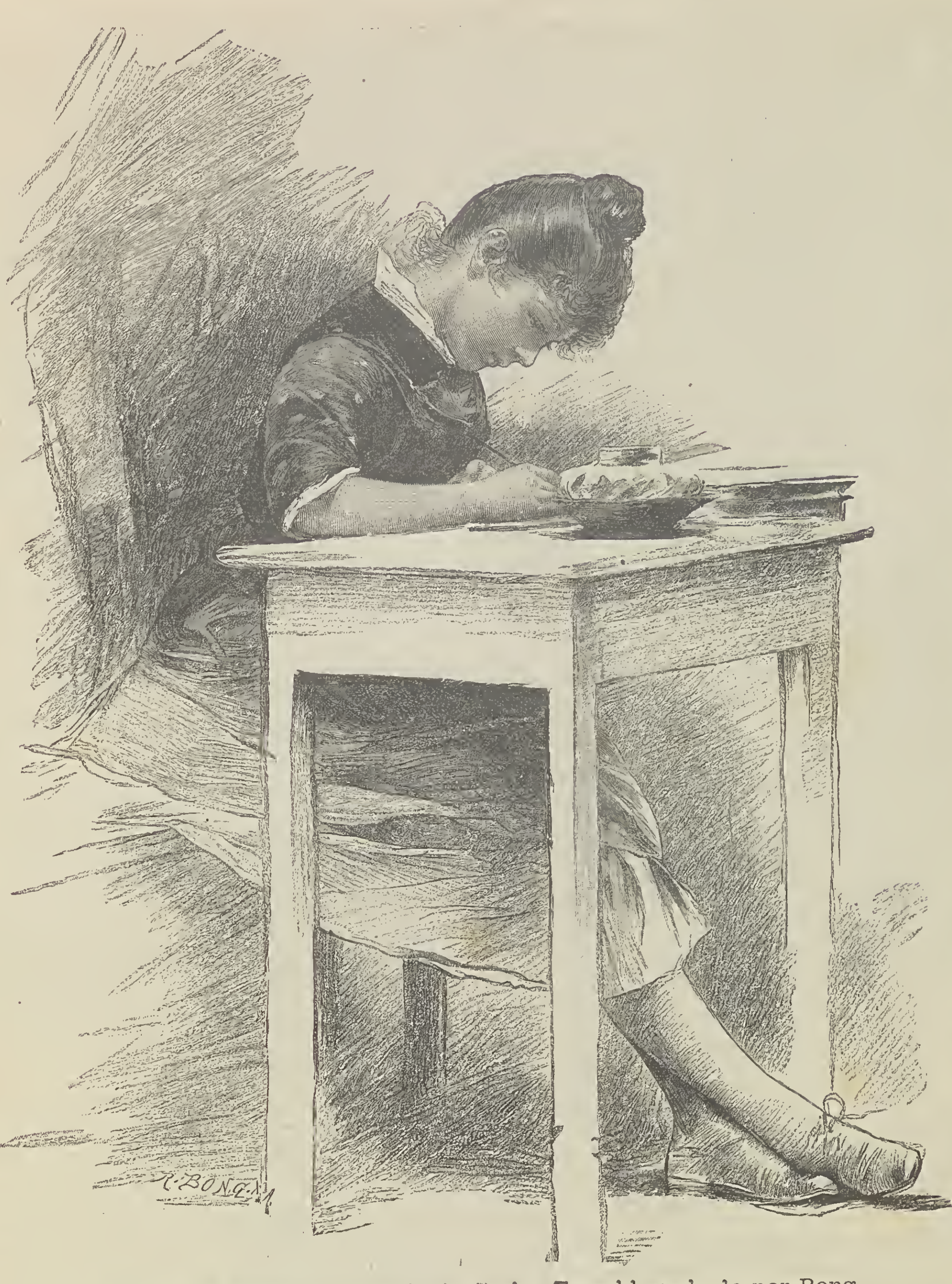
EL LEON INOFENSIVO

Allí, tendido en su estrecha jaula, descansaba el noble animal lanzando plañideros quejidos; el mismo, ¡infame! que tan briosamente rugía pocas horas antes en la venta de la Hechicera, donde habían pernoctado sus conductores.

Extáticos nos mirábamos unos á otros, sin atrevernos á romper el significativo silencio, cuando el doctor, dando un salto sobre su silla, y clavando los acicates á su caballo, salió á escape, lanzándonos esta frase de despedida:

– ¡Adiós! valientes cazadores de leones..... en la Mancha!

C. MIQUEL.



HORA DE ESTUDIO, dibujo de Carlos Froschl, grabado por Bong

BALANCE GEOGRÁFICO DE 1889

(Conclusión)

Junto á ellos, los Estados-Unidos de la Argentina toman, gracias á la inmigración europea, un desarrollo algo precipitado. Si saben mantenerse en él, quizás desempeñen en la América del Sur el papel de los yankees en la del Norte. Si el Brasil se fracciona, ¿no está en perspectiva la incorporación del Uruguay y de las provincias brasileñas del Paraná á la Argentina?

Por el momento, Chile, Perú, Bolivia, el Ecuador, Colombia, Venezuela y Méjico se portan con cordura y no dan qué hablar.

Nadie ignora el desastroso resultado del canal de Panamá para que insistamos acerca de este punto.

En cambio, los americanos dan principio á la ejecución del canal interoceánico por el lago de Nicaragua y el río San Juan.

Las cinco pequeñas Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, el Salvador y Costa Rica proyectan restablecer en setiembre próximo su reunión en una *República* (federativa) *de Centro América*. Tanto mejor para ellos, porque «la unión constituye la fuerza,» y mejor también para nosotros, porque era fastidioso tener en cuenta tantos Estados y tan minúsculos.

Otro proyecto de unión, del que acaba de ocuparse un Congreso celebrado en Wáshington, y que no halagará



EDUARDO II ANTES DE FIRMAR LA PRIMERA SENTENCIA DE MUERTE, copia del celebrado cuadro de Juan Pettie

tanto á nuestra vieja Europa, es el *Zollverein americano*, que englobará bajo la hegemonía de los Estados Unidos, todos los demás Estados de las tres Américas en una especie de unión aduanera. (En uno de los anteriores números de este periódico se han enumerado las proposiciones presentadas en este Congreso.)

Los Estados Unidos norteamericanos ascienden hoy al número de 42, por la emancipación administrativa del Dakota-Norte, del Dakota-Sur, de Montana y de Wáshington, que antes eran simples territorios gobernados por el poder central.

Fuera de sus fronteras, quizás consigan los Estados Unidos establecer su protectorado sobre la República de Haiti, á causa de las discordias intestinas de este país de negros americanizados.

Otra idea práctica, puramente americana, está en disposición de dar la vuelta al mundo: la unificación ó mejor dicho la reglamentación de la hora. Los directores de las setenta y cinco compañías de ferrocarriles de aquel inmenso país, queriendo remediar los inconvenientes de la discordancia de las horas locales, han admitido la división del país en cuatro segmentos de horas, de 15° cada uno, con el meridiano y el tiempo de Greenwich. Cuatro horas normales bastan para regular la marcha de los trenes, siendo los minutos en todas partes los mismos. El público americano se ha familiarizado pronto con el sistema.

¿Por qué no se habrá de aplicar este principio tan sencillo á todos los países del globo? Bastaría establecer 24 segmentos de horas de 15° cada uno, que se marcarían con una letra alfabética, añadiendo una denominación geográfica especial, como se ha propuesto últimamente. Inglaterra, Suecia y el Japón han adoptado ya la hora inglesa; Alemania, Austria-Hungría y las colonias inglesas van á imitarlas en breve, y seguramente no terminará el siglo XIX, sin que se haya realizado la idea de la hora cosmopolita, conservando sin embargo la hora nacional y la hora local.

IV. – Asia y Oceanía

De Asia no hay casi nada que anunciar, pues la tranquilidad es completa, ó poco menos, en todas partes. Las cuestiones litigiosas del Asia central parecen adormecidas, pero Rusia por un lado, y el Imperio indo-británico por otro, dirigen sus ferrocarriles por la vía de las Indias hasta encontrarse de bueno ó de mal grado. Dios haga que sea en provecho de la paz.

China y Japón emprenden también construcciones ferroviarias y el último especialmente se lanza por las vías del progreso europeo, sin dejar de conservar sus ideas propias.

La Corea se desprende poco á poco de la soberanía china. El Tonquín se pacifica con dificultad, y las tendencias francesas se encuentran en el alto Mekong con las tendencias inglesas, pugnando por ver quién llegará primero á ponerse en contacto comercial con el Yun-nan chino.

Oceanía. – Nada diremos de las grandes colonias australiano-inglesas ni de la Malasia holandesa y española.

Los hechos más recientes conciernen á los ingleses que se establecen en el N. O. de Borneo, en las islas de Cook y en las vecinas, así como en las septentrionales del archipiélago Salomón.

Los alemanes han ocupado el resto de este archipiélago, y no contentos con el de Bismarck y las islas Marshall, disputan á los ingleses las islas Gilbert y Ellice.

Las Nuevas Hébridas, provisionalmente neutrales, son el objetivo de los franceses que desearían también poseer las islas Santa Cruz ó de La Perouse. Han agregado algunos islotes á sus posesiones de Taití y de las Marquesas.

Las islas Samoa quedan, *pro indiviso*, propiedad de las tres grandes potencias alemana, americana y británica.

Tal es, sucintamente reseñada, la situación político-geográfica que nos lega el fenecido año de 1889.

(De la *Gaceta geográfica*)

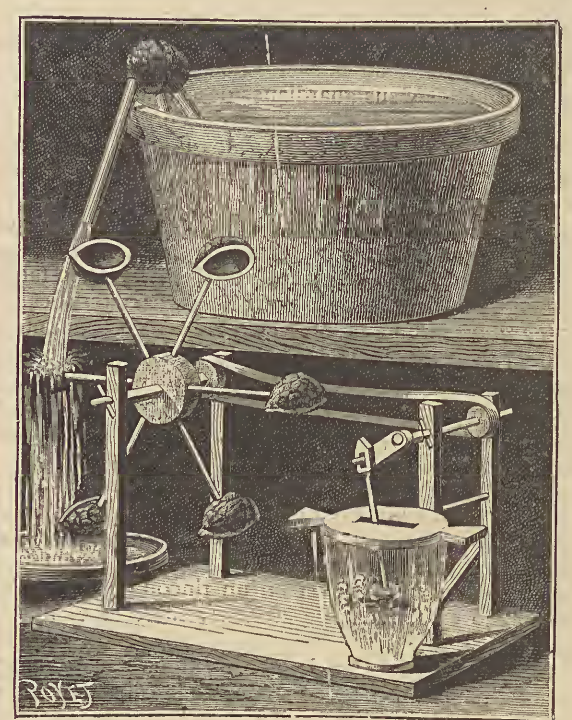
PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Motor hidráulico de cáscaras de nuez. – Las cáscaras de nuez han sido en todas épocas la primera materia de un gran número de juguetes, á partir de la clásica barquilla cuya vela, un cuadrito de papel, va puesta en una cerilla que representa el mástil.

Pocos detalles de construcción se necesitan para hacer el juguete que figura nuestro grabado; pues en él están indicados de una manera sobrado exacta para que podamos prescindir de una larga descripción.

La rueda hidráulica propiamente dicha está formada de seis cáscaras de nuez encajadas en las puntas de otros tantos palitos, los cuales van metidos á su vez, por sus extremos opuestos, en un corcho redondo. Como se ve examinando el grabado, esta rueda da vueltas movida por un chorrito de agua que cae de un sifón constituído por una nuez vacía y tres cañitas huecas: dos de éstas se sumergen en el agua de un lebrillo y se aspira por la tercera.

Como ejemplo de las aplicaciones de estos pequeños motores, indicamos la fabricación de manteca, por medio de leche batida con un molinillo de madera, al que una biela, de madera también, trasmite el movimiento de la rueda principal. La leche está en un vaso ó taza provisto



Motor hidráulico de cáscaras de nuez

de una tapadera que tiene una abertura oblonga para dar paso á aquélla, con lo cual se evita que salte fuera la leche. Dedicamos este sistema de fabricación original, ya que no práctico, á los enemigos de la margarina, á los aficionados á la manteca fresca y natural.

Imp. de Montaner y Simón